

Prólogo de **TARANA BURKE**

Rachel Vogelstein y Meighan Stone

#WithYou #WeBelieveYou #MiPrimerAcoso
#WeToo #INeverAskForIt #ArewaMeToo
#SiTocanAUnaTocanATodas #AnaKaman
#IWillNotBeSilent #EnaZeda #MeToo
#SafeWorkingSpaceforWomen
#YoTambién #NotOneLess #米兔 #NoEsNo
#MexeuComUmaMexeuComTodas میں۔بھی #
#IchAuch #Cuéntalo #SquealOnYourPig
#BalanceTonPorc #MeTooMx #MeTooNigeria
#MainBhi #我也是 #NotByForce #YoSiTeCreo
#WithWhatRight #Masaktach #ISpeakUpNow
#MiráCómoNosPonemos #ToiCungVay
#NoMeansNo #YeasAllWomen #ChurchToo
#YoTeCreoVzla #MeuPrimeiroAssedio أنا۔کمان #
#Tystnadtagnig #NiUnaMenos
#Teknisktfel #Nopiwouma #MarketMarch
#QuellaVoltaChe #TimesUp

DESPERTAR

**#MeToo y la lucha global
por los derechos de las mujeres**

Ariel

Rachel Vogelstein y Meighan Stone

Despertar

#MeToo y la lucha global
por los derechos de las mujeres

Traducción de Beatriz Ruiz

Ariel

Título original:
Awakening: #MeToo and Global Fight for Women's Rights

Primera edición: febrero de 2022

© 2021, Rachel Vogelstein y Meighan Stone
© 2022, Beatriz Ruíz Jara, por la traducción

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Public Affairs,
un sello de Perseus Books, filial de Hachette Book Group, Nueva York.
Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3510-0
Depósito legal: B. 1.212-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado
como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Sumario

<i>Prólogo</i> , por Tarana Burke	13
<i>Nota de las autoras</i>	19
<i>Introducción</i>	35
1. Brasil: plantando semillas	51
2. China: pequeños incendios	79
3. Egipto y Túnez: dos revoluciones	107
4. Nigeria: feminismo fiel	143
5. Pakistán: justicia digital	177
6. Suecia: revuelta	209
7. Agenda global: protestar para progresar	239
<i>Epílogo</i>	277
<i>Apoyando los derechos de las mujeres a escala mundial</i>	281
<i>Agradecimientos</i>	289
<i>Notas</i>	299
<i>Índice analítico</i>	359

Brasil: plantando semillas

#MeuPrimeiroAssedio

No se puede tapar el sol con un colador.

Proverbio brasileño

En octubre de 2016, cuando la disputa presidencial entre Hillary Clinton y Donald Trump en Estados Unidos copaba los titulares de los periódicos de todo el mundo, se estaba urdiendo una revolución política más silenciosa a un continente de distancia, en Río de Janeiro. En su foco, unas elecciones al ayuntamiento de Río. Entre sus candidatos, una activista política desconocida de treinta y siete años llamada Marielle Franco.¹

Marielle era una improbable competidora en un sistema político dominado por hombres blancos. Descendiente de esclavos africanos y nacida en una familia de inmigrantes procedentes del nordeste de Brasil, una de sus regiones más pobres, era originaria de Maré, una favela o barriada marginal de la Zona Norte de Río.² Fue criada en la pobreza, se puso a trabajar con once años, a los diecinueve era madre soltera y ejerció como maestra de preescolar a cambio de un precario sueldo para mantener a su hija y a sí misma, al tiempo que se dedicaba a su propia formación. También tuvo que hacer frente a la discriminación como mujer negra y,

más adelante, cuando salió del armario, como lesbiana. Pero Marielle estaba decidida. A pesar de las difíciles circunstancias, le fue concedida una beca para estudiar en una universidad privada y se comprometió a utilizar su educación a favor de los desamparados, especialmente de las mujeres negras de las favelas entre las que se había criado y que seguían encadenadas a la discriminación y a la violencia. Le fue bien con su compromiso, obtuvo un máster en políticas públicas y se convirtió en una voz crítica frente a las negligencias cometidas por el Gobierno con los pobres, asesorando a los miembros del consistorio municipal sobre las necesidades de una comunidad que a menudo era ignorada por quienes ostentaban el poder.

El inesperado ascenso de Marielle la hizo convencerse de que debía abrirles las puertas a otros, y puso su vida en peligro para conseguirlo. En 2016, inspirada por una creciente oleada de activismo feminista en la red y en las calles que condenaba la discriminación de las mujeres, dio el inconcebible paso de presentarse a las elecciones a un ayuntamiento predominantemente masculino en el que trabajaba como colaboradora, haciendo campaña a favor de la inclusividad en la representación con el lema «Soy porque somos». A pesar de que su campaña fue histórica, nadie se esperaba que una activista por los derechos humanos de las favelas, negra y lesbiana, pudiera acceder a un cargo público en un país controlado por acaudalados hombres blancos. Brasil llevaba mucho tiempo luchando contra el racismo, una herencia de los colonizadores portugueses que, a su llegada sobre el año 1500, esclavizaron a la población indígena para dar fuelle a la economía, y que más tarde empezaron a traficar en el comercio de esclavos africanos. Para 1850, se estima que había en Brasil cuatro millones de esclavos africanos, más de siete veces la cifra de Estados Unidos. Brasil fue el último país del mundo occidental en abolir la esclavitud, en 1888, y desde entonces había desatendido las necesidades de su población afrobrasileña, la mayor parte de la cual se concentró en

barrios marginales en las periferias de las ciudades, muy lejos de los centros de poder.³

La carrera de Marielle también se contraponía a la historia de infrarrepresentación de las mujeres en las asambleas nacional y municipales de Brasil. Pese a que las mujeres hicieron grandes progresos en el terreno sanitario y educativo después del nacimiento del movimiento feminista moderno en los años setenta —logrando finalmente la igualdad con los hombres en la Constitución brasileña, que se ratificó, tras una serie de golpes de Estado y de dictaduras militares, en 1988, y eligiendo a su primera jefa de Estado en 2010—, siguen enfrentándose a la discriminación y a la falta de representación en la esfera económica y política. Hoy en día, Brasil se sitúa tan solo en el puesto 92 de los 153 países incluidos en el Índice Global de Brecha de Género del Foro Económico Mundial, en parte debido al persistente dominio masculino en los puestos de poder. En el momento de la campaña de Marielle, los cargos electos eran especialmente esquivos para las mujeres negras, que conformaban prácticamente un tercio de la población brasileña pero ocupaban solo el 3 por ciento de los cargos electos estatales y federales.⁴ En este contexto, la candidatura de Marielle era improbable; sus colaboradores predijeron que en el mejor de los casos se llevaría unos siete mil votos, otorgándole a duras penas una respetable derrota.

En cambio, aquel mes de octubre consiguió prácticamente cincuenta mil votos en una victoria aplastante, con el quinto mejor resultado de los cincuenta y cinco candidatos electos y superando a otros más de quinientos, en parte gracias a su compromiso con las poblaciones marginales y a la abrumadora participación del voto femenino. «La gente la miraba y decía: “Ella me representa” —recordaba Anielle Franco, la hermana de Marielle—. “Esa soy yo, ahí mismo, en el ámbito público”.»⁵ La elección de Marielle fue un disparo de advertencia que señalaba el creciente poder de las voces femeninas en Brasil y en todo el mundo, y que ame-

nazaba a aquellos que estaban desesperados por preservar el *statu quo*.

El activismo que auspició el ascenso de Marielle prendió gracias al movimiento #MeToo brasileño, que se inició en el año 2013, mucho antes de que se popularizara la campaña con la etiqueta en Estados Unidos, y había dado pie a una etapa de activismo político conocida como la Primavera de las Mujeres.⁶ Al igual que en otros países, esta nueva oleada tuvo su inicio en la red; la chispa, en este caso, fue una periodista de veintiocho años de São Paulo llamada Juliana de Faria.

Juliana se había enfrentado al acoso sexual a lo largo de su vida, en la infancia y en el entorno laboral. Aun así, no lograba convencer a los periódicos ni a las revistas femeninas para las que escribía de que publicaran reportajes sobre el tema. Los editores —casi todos hombres blancos— insistían en que «las mujeres no querían leer sobre estas cosas», recordaba durante una entrevista en un abarrotado espacio compartido de trabajo del centro de São Paulo.⁷

Juliana no estaba de acuerdo. Como tantas otras mujeres de todo el mundo, sus experiencias de acoso y violencia sexual habían moldeado su vida —cómo vestía, adónde iba, con quién viajaba o trabajaba— y sabía que a otras en quienes podía confiar les sucedía lo mismo. La primera vez que fue acosada por un hombre en la calle, volviendo a casa de la panadería, solo tenía once años. Hasta la fecha, dijo, todavía sentía la humillación y la angustia. «Me dijo cosas que nunca podrían ponerse por escrito en el periódico —comentó apartando la mirada—. Yo era demasiado joven para llegar a comprender lo que había pasado, pero me sentí violada y me eché a llorar.» Al ver sus lágrimas, una anciana la consoló, pero luego se rio al saber lo que había sucedido. «Ay, niña, no seas tonta —recordaba Juliana que le dijo la anciana—. Deberías tomártelo como un cumplido.» Juliana entendió en ese momento que se esperaba que aceptara aquel comporta-

miento de ese hombre, de cualquier hombre. No se atrevió a contárselo a su familia por miedo a que la reprobaran.

Por toda América Latina, la discriminación, el acoso y la violencia contra las mujeres son endémicos a la cultura machista, y las mujeres brasileñas están en especial riesgo: se enfrentan a la mayor incidencia de feminicidio —el asesinato de una mujer por razón de sexo— de toda la región y a una de las tasas más elevadas del mundo. No fue hasta 2006 cuando los legisladores de Brasilia aprobaron una ley en la que se reconocen todas las formas de violencia contra la mujer como delitos, creando tribunales especiales para la violencia doméstica y abriendo albergues para mujeres maltratadas. La ley lleva el nombre de Maria da Penha, que quedó parálitica tras ser tiroteada por su marido en los años ochenta y pasó veinte años luchando por una mayor protección legal.⁸ Pese a la ley, la aceptación cultural de la discriminación de la mujer ha persistido, dejando a las mujeres sin capacidad de recurso y siendo, a menudo, culpabilizadas por la violencia y el acoso a los que se enfrentan.

Juliana tomó la decisión de impugnar estas normas, sobre todo cuando, en 2013, empezó a circular por internet la noticia de que un poderoso directivo de una cadena televisiva había hecho tocamientos a una famosa presentadora. A pesar de que el incidente fue noticia, el relato se hizo en un tono jocoso. «Muchos hombres defendieron a aquel tipo», recordaba Juliana. Alegaban que «ella lo estaba pidiendo a gritos, por cómo iba vestida [...] porque es la clase de mujer a la que se le puede hacer eso». Entre los que apoyaron al manoseador no había solo acosadores, sino también hombres a los que Juliana respetaba como profesionales, que estaban casados y tenían hermanas e hijas, pero igualmente defendían a ese hombre. Juliana llegó a la conclusión de que estos hombres no tenían ninguna malicia —al fin y al cabo, conocía a muchos de ellos—, sencillamente no eran conscientes de lo que suponía para millones de mujeres experimentar ese comportamiento. «No son monstruos —in-

sistía—. Son hombres de nuestra sociedad. Trabajamos con ellos, nos criamos con ellos, somos amigos.» A la vista de esa obstinada negativa con que se topaba cada vez que trataba de apostar por un artículo sobre el acoso, decidió buscar otro medio para enviar el mensaje a estos hombres.

Al igual que tantas otras de sus compañeras activistas, Juliana acabó por recurrir a internet, fundando una página web y creando una etiqueta —#ChegadeFiuFiu («#Basta de piropos») — que rápidamente se hizo viral en Facebook y Twitter.⁹ Tras reconocer que los intentos de abordar el tema de los abusos sexuales en los círculos académicos y legales no habían cuajado, Juliana prosiguió su campaña acercándose a los jóvenes, al principio eludiendo incluso la palabra «abuso». «Me pareció que la palabra era demasiado fuerte en ese momento», recordaba. En su lugar empleaba gráficos humorísticos, ilustraciones y publicaciones irreverentes. Recordaba darse por satisfecha cuando la cuenta de la campaña que había creado alcanzó el centenar de seguidores.

Entonces la etiqueta empezó a extenderse. Miles de mujeres de todo Brasil empezaron a colgar publicaciones contando historias sobre sus experiencias diarias. «Cuanto más publicaban, más nos escribían —decía Juliana—. Verdaderamente querían hablar de ello, casi como si contar su historia las ayudara a sobreponerse a lo sucedido.» No tardó en sentirse sobrepasada por las demoledoras narraciones de las mujeres y reclutó a dos compañeras para que la ayudaran a revisarlas. Al principio, la avalancha la dejó atónita, pero enseguida se dio cuenta de que la validación que propiciaban estas publicaciones alentaba a otras muchas a compartir las suyas. «Me hizo sentir que estaba en el lugar adecuado, que no estaba loca ni era la única que lo odiaba», recordaba. El volumen de historias publicadas en la red empezó a reflejarse en los mismos medios que tan solo unas semanas atrás se habían negado a hacer públicos los reportajes de Juliana sobre el acoso.

La respuesta fue asombrosa, y también lo fue el contragolpe. «Recibimos multitud de críticas —dijo Juliana—. Amena-

zas de violación. Miles de mensajes. Diciendo cosas horribles sobre mis compañeras y sobre mí.» Algunos críticos se ofendieron por la caracterización del comportamiento de los hombres como acoso, alegando que muchas mujeres disfrutaban cuando les silbaban por la calle. «Puede que a ti no, pero hay muchas mujeres a las que sí les gusta —escribieron algunos—. Las mujeres lo desean para sentirse bien, para sentirse empoderadas.» Como respuesta, Juliana y su equipo decidieron hacer una encuesta entre las mujeres sobre su experiencia con este comportamiento de acoso. La inmensa mayoría respondió que no les gustaba y que adecuaban su atuendo o sus opciones de desplazamiento —no usar el autobús ni caminar solas de noche, por ejemplo— para evitarlo. Para la prensa resultaba imposible ignorar las cifras: un aplastante 98 por ciento de las encuestadas había sufrido acoso o agresión sexual.¹⁰

A pesar de los datos, algunos pusieron en cuestión que el problema estuviera tan generalizado como habían informado las mujeres, y afirmaban que el acoso sucedía únicamente en determinados barrios o comunidades. Para intentar demostrar la omnipresencia del abuso, Juliana y otras compañeras emplearon tecnología de visualización para crear un mapa colaborativo de las ubicaciones de aquellas que habían sido acosadas, basándose en otra página web similar lanzada por Hollaback!, una organización de apoyo con sede en la ciudad de Nueva York cuyo trabajo había sido reseñado en South by Southwest, una convención de prensa que concita una amplia cobertura de medios de comunicación internacionales.¹¹ Con esta herramienta, las mujeres que habían sufrido acoso podían ubicar la localización en el mapa, de forma anónima, para denunciarla; el resultado fue que los brasileños que pensaban que no se producía acoso en su lugar de trabajo, en su calle o en su universidad podían ver el problema en tiempo real. La tecnología de datos y de la información fue crucial para esta labor. «Con internet y las redes sociales, pude disponer de mi propia plataforma sin filtros —recordaba Juliana—. Soy consciente de que

no todo el mundo está en la red ni tiene el mismo acceso a internet, pero hay mucha gente que sí.» El activismo en la red terminó por volcarse en las calles. Las mujeres del sur de Brasil empezaron a imprimir y a colgar historias de acoso por los postes de las calles, de manera que pudieran leerlas quienes no tenían acceso a internet.

La campaña #ChegadeFiuFiu propició la toma de conciencia sobre la relación que existía entre las preocupaciones de las mujeres con respecto a la violencia y su falta de representación en la política.¹² El activismo feminista relativo a un sinnúmero de problemas estaba creciendo tanto en la red como fuera de ella, incluyendo la esfera política, donde la exclusión de las mujeres se correspondía con el fracaso de los líderes gubernamentales a la hora de tomarse en serio las experiencias de discriminación y violencia hacia la mujer. «Al final, se convirtió en un debate sobre la movilidad de las mujeres —dijo Juliana—. Con el acoso callejero, los hombres se creen que el espacio público les pertenece. Y no contamos con la suficiente representación pública para cambiar esto.»

Este coro que iba cobrando fuerza entonó un *crescendo* dos años más tarde, en octubre de 2015, cuando otro hito cultural atrajo el interés nacional. El programa televisivo *MasterChef Junior*, un popular concurso infantil de cocina, presentó a una concursante de doce años llamada Valentina Schulz, que atrajo una atención generalizada que no tardó en volverse sexual a pesar de su corta edad. Miles de hombres empezaron a publicar en la red comentarios gráficos sobre la preadolescente, impactando a los muchos seguidores del espacio. «Si es consentido, ¿es pedofilia?», preguntaba uno. «Mejor me callo si no quiero acabar entre rejas», escribió otro. Al igual que otros muchos, a Juliana la ponían enferma las fantasías pedófilas con esta niña, que le retrotraían a su primera experiencia de acoso sexual a la edad de once años. Así que decidió crear una etiqueta nueva —#Meu-PrimeiroAssedio— e invitó a otras a que relataran la historia de su primer encuentro con la conducta sexual abusiva.¹³

La respuesta fue un tsunami de una magnitud equivalente al torrente de millones de personas en todo el mundo que iban a tuitear #MeToo solo dos años después. En 2015, se buscó #MeuPrimeiroAssedio en Google once millones de veces; fue la quinta expresión más buscada en la plataforma en Brasil ese año. Las mujeres compartieron valientemente sus historias de iniciación a la cultura del acoso y la violencia sexual, denunciando abusos que empezaban a edades tan tempranas como los seis años. La etiqueta portuguesa no tardó en recorrer toda Latinoamérica, desde Chile hasta México, en su traducción al español, #MiPrimerAcoso, y extendiéndose finalmente a Europa occidental y al Sudeste Asiático. También se emprendieron campañas orientadas específicamente a la industria, con mujeres que detallaban la misoginia en el espacio laboral bajo la etiqueta #MeuAmigoSecreto («#Mi amigo secreto») y en las aulas con la etiqueta #MeuQueridoProfessor («#Mi querido profesor»). La etiqueta #ChegadeFiuFiu, que se lanzó dos años antes, había abonado el terreno para este momento de éxito. El hecho de que #MeuPrimeiroAssedio se hiciera viral también reflejaba la proliferación del activismo feminista en la red en toda la región, donde la etiqueta #NiUnaMenos —una campaña en contra del feminicidio que se originó en Argentina tras el asesinato, a manos de su novio, de una niña de catorce años embarazada— también había arrasado.¹⁴

Para Juliana, la avalancha de publicaciones en #MeuPrimeiroAssedio fue emocionante, pero también demoledora. Si bien era un tremendo espaldarazo ver a cientos de miles de mujeres denunciando, las historias que contaban eran desgarradoras. Juliana y las dos compañeras a las que había reclutado buscaron datos en los relatos y llegaron a la conclusión de que, de media, las mujeres brasileñas habían sufrido acoso sexual por primera vez entre los nueve y los diez años. Asimismo, hallaron pruebas empíricas de que estos abusos solían producirse habitualmente cerca del hogar.¹⁵ «Lo que aprendimos de ello es que nunca estábamos segu-

ras en ninguna parte —comentó en nuestra entrevista—. No era solo en la calle: también nos estaban acosando o agrediendo o incluso violando en nuestra propia casa.» Asimilar tantas historias personales de abusos fue devastador. «Gente que conocía (mis amigas, mis tías) empezaron a hablarme de experiencias violentas que habían tenido —recordaba Juliana con un nudo en la garganta—. Fue apabullante.»

Para las líderes feministas brasileñas, la campaña #MeuPrimeiroAssedio fue un avance, no solo por el número de personas a las que llegó, sino también por la población que atrajo por primera vez al movimiento. Antonia Pellegrino, una activista política, de formación universitaria y radicada en Río, que escribía en un blog del popular periódico *Folha de São Paulo*, había estado trabajando para diversificar el movimiento feminista y amplificar en el discurso político las voces de las mujeres brasileñas que eran ignoradas con demasiada frecuencia: mujeres de las favelas como Marielle Franco, que eran señaladas no solo por su sexo, sino también por su raza, religión y posición socioeconómica. «Todo el mundo tiene una historia que contar —dijo Antonia en una entrevista, en su oreado apartamento con vistas a la bahía de Guanabara, cerca de la playa de Copacabana—.¹⁶ Yo incluida. Ser mujer en Brasil es ser víctima de violencia.» Sin embargo, reconoció, su experiencia como mujer blanca privilegiada palidecía en comparación con la discriminación superpuesta a la que se enfrentaban las mujeres de color y aquellas que se encontraban en los peldaños más bajos de la escala económica. «Si eres una mujer negra, una mujer pobre, tienes más probabilidades que yo de haber sufrido más violencia», dijo. Con las redes sociales como medio de comunicación, sin censores ni filtros, estas voces por fin estaban empezando a abrirse paso.

Al igual que con la campaña #ChegadeFiuFiu, el activismo en internet que prendió por medio de #MeuPrimeiroAssedio se tradujo rápidamente en una llamada en defensa de los derechos de las mujeres y de una mayor representa-

ción de estas en la esfera política. Solo unos días después de que #MeuPrimeiroAssedio se hiciera viral, a las activistas les llegaron rumores de la introducción, que estaba pendiente, de una ley que restringía el derecho al aborto para las mujeres en Brasil, que ya estaba limitado a los supuestos de violación, riesgo para la vida y deformidad fetal. La nueva legislación —propuesta por Eduardo Cunha, cristiano evangélico y poderoso líder del Congreso federal, además de antagonista de la presidenta Dilma Rousseff, la primera presidenta de Brasil— habría limitado los derechos reproductivos incluso para las supervivientes de violación y penalizado una forma de contracepción conocida como la «píldora del día después». En menos de una semana, miles de mujeres que se habían movilizado a través de la red #MeuPrimeiroAssedio empezaron a organizarse bajo la etiqueta #MulheresContraCunha («#Mujeres contra Cunha») para protestar por este ataque contra sus derechos.¹⁷ Muy pronto, el activismo en la red se transformó en una manifestación pública que tenía como objetivo tumbar la ley, con marchas de mujeres en ciudades de todo el país. «Ya teníamos abierto un debate en internet sobre el acoso —recordaba Antonia Pellegrino—, así que estábamos listas para salir a la calle.» La propagación de la voz de las mujeres desde la red a la esfera pública fue «un despertar, más para las mujeres que para los hombres», dijo haciendo hincapié en el creciente reconocimiento por parte de las mujeres de su fuerza colectiva. «Pero también fue un despertar para algunos hombres.»

Los medios de comunicación, que anteriormente prohibían a las periodistas como Juliana de Faria escribir sobre estos temas, empezaron a dedicarles una amplia cobertura. Pero la atención, aunque era bienvenida, aún seguía filtrándose a través de las voces de los hombres blancos que dominaban el panorama mediático. «Tenía su gracia —dijo Manoela Miklos, una académica y activista de una organización no gubernamental (ONG) que colaboraba con Antonia y Marielle, durante una entrevista con café de por medio en una cafete-

ría de São Paulo, entre risas—. Todos los hombres blancos decían en sus columnas: “Las mujeres están intentando decir algo. Deberíamos escucharlas”. Y sin embargo, ¿cómo van a hacerlo, si todo el mundo está leyendo solamente lo que tienen que decir los hombres?»¹⁸ ¿Cuándo, se preguntaba, iba a llegar el momento en que las mujeres pudieran hablar por sí mismas? Antonia y ella idearon una respuesta: las mujeres brasileñas debían hacer algo más que protestar en las calles. Necesitaban ocupar la narrativa al completo.

Pese a que lograr la paridad de género en el periodismo era un propósito a largo plazo, Antonia, Manoela y otras mujeres empezaron a utilizar las tecnologías para pasar a la acción a corto plazo. Montaron rápidamente una campaña por Facebook en la que pedían a todos los columnistas masculinos de los cuatro periódicos de mayor tirada de Brasil, así como a los blogueros más populares, que invitaran a mujeres a escribir en sus espacios. «Como mujeres privilegiadas, teníamos acceso a muchos de los hombres que disponían de una columna», dijo Antonia. Manoela y ella les sacaron el jugo a esos contactos para asegurarse de que un diverso grupo de mujeres pudiera hacer oír su voz. Algunos editores pusieron en entredicho la necesidad de una ocupación mediática, pero muchos de los columnistas consintieron gustosos la cesión de sus plataformas. Antonia recordaba haber llamado a un amigo un sábado por la noche para decirle que quería ocupar su columna del lunes. «¡Vale, estupendo! —respondió él—. Me voy a la playa.» Otros columnistas asumieron la causa como propia, consternados por las historias que las mujeres contaban en la red y en las calles.

«Escribimos al autor del blog más leído de Brasil, que, naturalmente, va de fútbol —dijo Manoela—. Nos contestó durante un partido de competición y nos dijo: “OK, lo pillo. Ya veréis”.» Acabó publicando un artículo justo después del partido, escrito por su hija, que unas semanas atrás había hecho algunas publicaciones sobre su primera experiencia de acoso, un incidente que nunca le había contado a él. Manoela se

quedó de piedra, sabedora de que millones de hombres se conectarían al término de un partido de liga para leer su análisis del encuentro y que en su lugar verían la sentida publicación de su hija sobre el machismo y los abusos. «Creo que me pasé el día entero llorando solo con leer eso», recordaba. La ocupación mediática, que se produjo en varias plataformas, duró semanas. «Fue enorme —dijo Manoela—. Más grande de lo que cualquiera de nosotras se habría esperado jamás.»

A medida que aumentaban los lectores de las historias sobre activismo feminista, también creció el interés de la prensa por la publicación de más voces femeninas. *Folha de São Paulo*, el periódico de más tirada del país, tanteó a Antonia y a Manoela para que escribieran un blog en la página web del diario. Las mujeres aceptaron, pero con una condición: en lugar de ser ellas mismas quienes asumieran la redacción, editarían el blog, donde se publicarían los escritos de un grupo diverso de mujeres de todo el país. «Éramos conscientes de nuestros privilegios como blancas —dijo Antonia—. Y queríamos disponer de una plataforma con capacidad para abrir voces, de modo que también las mujeres de las favelas pudieran publicar.» Antonia y sus compañeras empezaron a solicitar artículos para el blog, que estuvo funcionando durante los siguientes tres años dando forma al debate nacional y centrando el foco en nuevas perspectivas que, con demasiada frecuencia, quedaban excluidas del diálogo popular. «Teníamos una masa de mujeres poderosas que escribían sobre cuestiones que eran muy importantes —dijo Antonia—. Las mujeres negras, las mujeres de las favelas; mujeres como Marielle Franco, que publicó con nosotras tres artículos.» Una vez más, las tecnologías fueron fundamentales para que hubiera nuevas voces llegando a distintos públicos. «Así fue como invitamos a otras mujeres a participar —relató Manoela—. Es el camino hacia la interseccionalidad.»

A medida que una serie de personas de distintos entornos —afrobrasileñas, mujeres indígenas, mujeres de las favelas— fueron entrando en el debate público, también lo hicieron

sus inquietudes sobre la discriminación y la violencia, lo que motivó que todavía más gente pudiera expresarse. El cambio queda ejemplificado en 2016 por la explosiva reacción a un gráfico vídeo que se publicó en la red. El vídeo mostraba la brutal violación múltiple de una chica de dieciséis años perpetrada por más de treinta hombres en una favela de Río de Janeiro, una agresión que dejó a la chica desnuda, ensangrentada e inconsciente. La cultura de la culpabilización de la víctima que reina en Brasil era tan fuerte que la chica, que habló de forma anónima en un programa de televisión en horario de máxima audiencia, fue sometida inicialmente a una oleada de reacciones misóginas. Recibió miles de amenazas de muerte en internet. Hubo gente que la culpó diciendo que era responsable del crimen porque estaba ebria o porque llevaba una falda corta. Pero, a diferencia de los años previos, esta oleada pronto se vio sofocada por una avalancha de indignación por parte de las mujeres. Estas organizaron manifestaciones simultáneas en ciudades de todo Brasil para protestar contra la violencia hacia las mujeres y la cultura de la violación. Las coordinadoras llevaron a cabo la campaña bajo la etiqueta #MexeuComUmaMexeuComTodas («#Si tocas a una, nos tocas a todas»), sugiriendo que mujeres de muy distinta extracción no iban a tolerar que se las siguiera culpabilizando por los abusos cometidos contra ellas, independientemente de dónde tuviera lugar el crimen ni quién fuera la persona victimizada.¹⁹ La respuesta a la campaña concitó una atención comparable a la generada por #MiPrimerAcoso.

Para cuando la campaña #MeToo empezó a recorrer el mundo, el diálogo nacional en Brasil ya había sido absorbido por un vigoroso debate sobre la violencia y los abusos cometidos por hombres, y los derechos legales y políticos de las mujeres. Pero, si bien este debate precedió al #MeToo, también adoptó su forma gracias a él. «Cuando sucedió, para nosotras fue importantísimo —recordaba Antonia—. Porque el mensaje para Brasil era “¿Lo veis? Esto ha dejado de ser normal en

todo el mundo”.» La validación por parte de la comunidad internacional resultó vital para las mujeres brasileñas que se enfrentaban a la contrarreacción al tiempo que lideraban el cambio en la red, en las calles y en la política. «Esta ebullición ya estaba presente aquí. Todos esos debates ya se estaban produciendo —comentó Antonia—. Pero creo que el #MeToo fue algo así como la primera vez que vimos el poder que teníamos. Nos inspiró y fue un punto de inflexión.»

Fue en este contexto, en esta marea inaudita de activismo feminista en Brasil, cuando Marielle Franco fue aupada al cargo electo, cuando las promotoras que se habían centrado en ocupar la narrativa mediática del #MeToo fueron reorientando cada vez más su objetivo en ocupar el poder político. La creciente concienciación sobre las injusticias a las que se enfrentaban las mujeres —sobre todo las mujeres sujetas a múltiples formas de discriminación— «catapultaron a las mujeres al terreno electoral», dijo la doctora Kristin Wylie, profesora en la James Madison University y experta en política brasileña.²⁰ «E impulsó especialmente a las mujeres negras, en parte porque el coste de no presentar candidatura se había vuelto demasiado elevado.» La fuerza de la ira de las mujeres se estaba canalizando para ganar poder en espacios predominantemente masculinos, incluyendo los parlamentos estatales y municipales.

En el culmen de las protestas en internet y en las calles, una facción de mujeres negras con formación en estudios superiores, que se habían beneficiado de una generación de políticas de discriminación positiva en las escuelas públicas y federales, empezaron a organizarse. A finales de 2015, las activistas planearon una marcha en Brasilia, la capital de la nación, que congregó a más de diez mil mujeres de la comunidad negra procedentes de todo el país para recalcar las particulares dificultades a las que se enfrentaba este segmento de la población: no solo los índices alarmantes de

discriminación, acoso y violencia, sino también los problemas de vivienda, seguridad y acceso a los servicios públicos. Las mujeres se lanzaron inicialmente a las calles y, más tarde, a la caravana electoral. Además de Marielle Franco en Río, un puñado de activistas negras pasaron a ser candidatas en los comicios estatales y municipales de 2016, entre ellas Talíria Petrone, de Niterói, y Áurea Carolina, en Minas Gerais, ambas regiones del sudeste de Brasil. Muchas de estas mujeres lideraron marchas en estados y ciudades antes de tomar la decisión de presentarse a las elecciones.²¹ Si bien ya anteriormente había habido mujeres negras que optaron a cargos electos, esta vez la diferencia era que estas candidaturas —auspiciadas por el activismo en la red— gozaba de una gran popularidad, tal como demuestran tanto la opinión pública como las cifras de votos obtenidos.

La campaña de 2016 también se vio impulsada por las brasileñas que se sintieron atraídas a las urnas para expresar su rabia por el reciente juicio político al que se sometió a la primera presidenta del país, Dilma Rousseff, que puso de manifiesto una creciente reacción en contra del progreso de las mujeres. La presidenta Rousseff fue destituida de su cargo gracias a los votos de una amplia mayoría por haber utilizado los fondos de bancos públicos para financiar programas sociales del Gobierno. Pero muchos políticos varones habían hecho lo mismo en el pasado con toda normalidad. Las feministas, incluso aquellas que se habían opuesto a algunas de las medidas de Rousseff, se unieron en contra de su inopinada expulsión. Miles de ellas tomaron las calles como forma de protesta y, de la noche a la mañana, surgieron nuevos grupos como Mulheres Pela Democracia (Mujeres por la democracia). Señalaron la hipocresía que subyacía en el escarnio al que se veía sometida Rousseff por corrupción cuando más de la mitad de los miembros de la asamblea legislativa brasileña —y los miembros de la propia comisión de destitución— también estaba siendo objeto de investigación. Su juicio político se consideró en buena medida un ataque político con

tintes sexistas. «El movimiento feminista estaba demostrando su capacidad de resistencia y de movilización», escribió la socióloga Maria Betânia Ávila en relación con las protestas.²² Ella llamó al clamor por la destitución de Rousseff «un enfrentamiento con el patriarcado».

Incluso con este aluvión de activismo político femenino, cuando Marielle Franco ganó de forma aplastante su escaño en el ayuntamiento causó conmoción. «Antes de 2016, era imposible pensar que alguien como Marielle pudiera ocupar un puesto en el poder —dijo Dani Monteiro, que en aquel momento era la responsable de relaciones con la comunidad de Marielle—. Los problemas para una mujer joven y negra como ella, como yo, empiezan cuando das un paso fuera de casa. El acoso. La violencia callejera. La movilidad. Incluso los baños públicos.» Los triunfos de Marielle no se limitaban a su elección, sino a ser elegida abogando por un programa orientado a las mujeres de las favelas, encarando temas que llevaban mucho tiempo desterrados del discurso político. En su toma de posesión, denunció la violencia de género y la brutalidad policial en los barrios marginales de las ciudades, promovió los derechos reproductivos, combatió la corrupción y el racismo, y exigió mejores condiciones para los pobres.²³ Además, animó a otras mujeres a que siguieran sus pasos, convirtiéndose en un símbolo para las jóvenes que se asombraban por su ascenso. «Era una inspiración —explicaba Dani, que más tarde se presentó a unas elecciones siguiendo el ejemplo de Marielle—. De pronto dejás de ser invisible en un espacio en el que siempre habíamos sido invisibles.»

La motivación de Marielle para luchar por el cambio estaba en su ADN. «Siempre fue una líder para todo dentro de nuestra familia —dijo Anielle Franco, la hermana pequeña de Marielle, durante nuestra entrevista, que se desarrolló durante un congreso de negocios en el centro de São Paulo—. Recuerdo que si se producía un apagón por el motivo que fuera, Marielle iba a intentar conseguirnos una vela, para que pudiéramos seguir estudiando.» Desde hacía mucho

tiempo, Marielle estaba decidida a usar todo el poder que lograra recabar en beneficio de aquellos entre los que se crio. «Incluso de pequeñas, me miraba y me decía: “Vamos a cambiar este lugar” —recordaba Anielle con una sonrisa—. Nunca se quedaba callada. Se alzaba por nosotros de muchas formas distintas.» Su familia no se esperaba que Marielle resultara electa. Pero, cuando sucedió, fueron conscientes de que su conquista suponía un hito de transformación para toda la comunidad. «La gente empezó a mirarla diciendo: “Vaya, si ella ha podido, a lo mejor yo también puedo”.»

Marielle decidió que, para poder atraer a las mujeres y que subieran con ella la escala social, hacía falta algo más que fomentar políticas públicas potentes por medio de su plataforma. Había que abrir de par en par las puertas de la democracia a más mujeres como ella. «Cuando Marielle salió elegida, lanzó una invitación abierta a un grupo de activistas negras, creando un laboratorio para la democracia abierta, proyectos de ley participativos y formación para aquellas que también desearan optar a un cargo político», explicó Ana Carolina Lourenço, una joven y dinámica mujer negra que se había ofrecido voluntaria para la campaña de Marielle. La red empezó a debatir de qué modo las mujeres negras podían acrecentar su poder en las elecciones de 2018. Fue la génesis de *Mulheres Negras Decidem* (Las mujeres negras deciden), una campaña «para demostrar que somos el grupo demográfico más amplio de Brasil y que el proceso electoral lo podrían decidir las mujeres negras», comentó Ana Carolina, que lideraba la iniciativa. Sus compañeras y ella organizaron una serie de conferencias para animar a los miembros de otros grupos infrarrepresentados a presentar sus candidaturas y obtener poder político. Su intención era complementar esta iniciativa con una campaña en internet impulsada por la oleada de activismo virtual, con el fin de propiciar en la política un ambiente más abierto a las mujeres negras.

Pero la tarde del 14 de marzo de 2018, poco más de un año después de que Marielle tomara posesión de su cargo,

golpeó la tragedia. Aquel día, Ana Carolina y sus cofundadoras lanzaron formalmente la campaña *Mulheres Negras Decidem*.²⁴ Después de dar una charla ante los patrocinadores del grupo, Ana Carolina viajó a Santiago de Chile para dar una conferencia, mientras sus cofundadoras acogían un evento de celebración con Marielle llamado «Jóvenes Negras Alterando las Estructuras de Poder», en la Casa de las Mujeres Negras del barrio de Lapa, en el centro de Río de Janeiro. Marielle pronunció un encendido discurso en el que urgía a las mujeres afrobrasileñas a sumarse a ella en la escena política. «Había más de cincuenta mujeres», dijo Dani Monteiro, responsable de relaciones con la comunidad de Marielle. Ella estaba contenta, pero imploró a sus trabajadores que reclutaran a todavía más gente, diciendo que había llegado el momento de que las mujeres negras se alzaran unidas. «Dio por concluido el evento dándonos unas palmadas en la espalda e insistiendo: “No os durmáis en los laureles” —recordaba Dani—. “No penséis que solo porque hayáis hecho un buen trabajo hoy mañana no vais a tener nada que hacer”.»

Marielle y su asesora, Fernanda Chaves, se subieron a su Chevrolet blanco con su chófer, Anderson Gomes, para irse a casa. Cuando se aproximaban a la zona norte de Río, otro coche frenó junto a su vehículo y un sicario abrió fuego.²⁵ El pistolero disparó trece tiros con un subfusil, matando en el acto a Marielle, que recibió cuatro disparos en la cabeza, y a su chófer. Fernanda, que sobrevivió, se ocultó en Europa poco después.

Anielle, la hermana de Marielle, estaba en casa con la hija de esta y la madre de ambas, que estaba planchando la ropa, cuando empezó a sonar el teléfono. «Una amiga mía anunció que en las noticias decían que la habían matado —dijo Anielle—. Así que se lo dije a mi familia.» Hizo una pausa y bajó la mirada. «Por un segundo pensé que perdería a mi madre y a mi sobrina aquel mismo día. Porque se desplomaron sin más.»

Anielle salió corriendo hacia el lugar del asesinato para ver a su hermana, pero las autoridades ya habían llegado y no

dejaron que se acercara. «La última imagen que tengo de mi hermana fue su mano colgando del coche y la sangre goteando —recordaba Anielle con voz queda—. Pero no pude acercarme a ella.» Solo le permitieron recuperar las bolsas de Marielle del suelo del coche, y su anillo y sus gafas. En casa, Anielle confirmó a su familia que la noticia era cierta. «Ese día no lloré —dijo—. Ni al día siguiente. Porque veía a mi madre, a mi sobrina, a mi padre tan destrozados que no tuve el valor de llorar delante de ellos. —Anielle alzó los ojos—. Procuré mantenerme fuerte. Como habría hecho ella.»

La familia y los amigos de Marielle estaba traumatizados y destrozados. «Estuve conmocionada durante al menos diez minutos —recordaba Dani, la empleada de Marielle, que la acompañaba en su último acto, apenas unos minutos antes del ataque—. Perdí la noción del tiempo. No dejaba de recordarla pidiéndome que estuviera en la oficina al día siguiente. ¿Cómo voy a estar allí si ella no está? Ella siempre estaba allí. Siempre reclamaba que todo el mundo estuviera allí. —Dani se interrumpió y miró por la ventana de la oficina—. Pero no estaba. Nunca volvió a estar allí.»

El descarado asesinato de Marielle llevaba un mensaje implícito. Si bien en el momento de escribir estas líneas el crimen sigue sin resolverse, los investigadores sospechan que los pistoleros eran miembros de milicias vinculadas a líderes políticos de la derecha que se oponían a su plataforma. La intención de su asesinato era silenciarla a ella y a otras líderes progresistas que estaban recabando poder político y exigiendo reformas en todo Brasil. «Marielle representaba una amenaza para el *statu quo* —comentó Renata da Silva Souza, su exjefa de gabinete—. Querían intimidarnos, mantenernos alejadas de la política, que entendiéramos cuál era nuestro papel.»²⁶

Para los allegados de Marielle, lo que sucedió a continuación resultó todavía más inesperado que su elección o incluso que su asesinato: la matanza tuvo el efecto contrario al que se buscaba. La noticia del crimen corrió muy rápido por

internet, su historia llegó hasta aquellos que estaban fuera de las fronteras municipales de Río. Lejos de ser acallada, la voz de Marielle se oía de repente más alto que nunca. Miles de personas se congregaron en las calles de todo Brasil para protestar por su asesinato y llorar su muerte.²⁷ Anielle todavía se asombra por la reacción. «No había visto tanta gente en toda mi vida», recordaba.

Gracias a internet, el relato de la arrojada defensa de Marielle traspasó asimismo los límites de Brasil, llegando hasta destacados activistas y líderes de todo el mundo. «¡Llamaron Viola Davis y Spike Lee! —exclamó Anielle—. Angela Davis me invitó a cenar a su casa. En Francia le pusieron el nombre de Marielle a una plaza. —Anielle sonreía—. Siempre vimos la fuerza de Marielle, su poder. Pero nunca imaginamos que pudiera ser global.»

De regreso en Santiago, Ana Carolina, fundadora de Mulheres Negras Decidem, se esforzó por entrar en acción mientras duraba su duelo. «Ninguno de nosotros durmió la noche en que mataron a Marielle —dijo—. Yo me pasé días sin dormir.» Pero enseguida se puso a organizar actos de protesta con simpatizantes afines de Chile, donde las mujeres y las activistas estudiantiles ya habían iniciado su lucha contra la violencia hacia las mujeres bajo la etiqueta #NiUnaMenos. «Acabábamos de lanzar nuestra página web de Mulheres Negras Decidem, y en cuestión de veinticuatro horas decidimos seguir presionando para demostrar que cuatro tiros no iban a detener a las mujeres negras, que constituyen más del 27 por ciento de la población de Brasil.» La movilización de Ana Carolina llegó incluso hasta los líderes del movimiento estadounidense Black Lives Matter («Las vidas negras importan»), que tuitearon el nombre de Marielle bajo su etiqueta #SayHerName («#Di su nombre»), que homenajea a las víctimas negras de la violencia, lo que suscitó un interés internacional todavía mayor.²⁸ De pronto el mensaje de Mulheres Negras Decidem estaba en todas partes. «Esta idea de que la infrarrepresentación de las mujeres en Brasil tenía

relación con la violencia y el acoso —dijo Ana Carolina— quedaba más clara que nunca con lo que le había ocurrido a Marielle.»

En las semanas siguientes, Ana Carolina y sus compañeras siguieron el duelo, y también la coordinación. En abril, en homenaje a Marielle, Mulheres Negras Decidem organizó un grupo de apoyo a la educación política para mujeres negras de Río y de São Paulo. «La primera reunión fue más bien terapéutica», recordaba Ana Carolina. Pero, una a una, muchas de las extrabajadoras y colaboradoras de Marielle se convencieron de dar un paso más y presentarse a las elecciones de 2018 para enviar un mensaje a sus asesinos: no pensaban retroceder. «Nuestro movimiento trataba sobre la calidad de la democracia —dijo Ana Carolina—. Y la mejor solución para el crimen perpetrado contra Marielle era ampliar el número de votos y el apoyo a favor de que las mujeres negras participaran en la política de Brasil.»

A raíz de la muerte de Marielle, una avalancha de mujeres negras decidió que la mejor forma de honrar su legado era que ellas mismas se postularan para ocupar un cargo. Dani Monteiro, la coordinadora de relaciones comunitarias de Marielle, había contemplado la opción de una candidatura al ayuntamiento ya antes del asesinato, pero después «fue como si tuviera que tomar la decisión otra vez», recordaba. «Antes, era una oportunidad para la expansión. Pero entonces se convirtió en una necesidad. No podía echarme atrás porque, si lo hacía, eso significaría que habíamos perdido a Mari y nos habíamos batido en retirada.» Renata da Silva Souza, exjefa de gabinete de Marielle, ayudó a reunir a cientos de mujeres con el potencial necesario para ser candidatas, y entonces decidió serlo ella misma, presentándose al ayuntamiento ante las insistentes reticencias de sus seres queridos. «Por supuesto, en mi familia todos se opusieron —comentó—. Mi madre consideraba a Marielle una hija más y temía por mi vida. Pero yo tenía que tomar esa decisión. No podíamos retroceder después de habernos enfren-

tado a un grado de violencia tan enorme.» Tainá de Paula, otra candidata al ayuntamiento que aspiraba a convertirse en la primera mujer alcaldesa de Río de Janeiro, coincidía con ella. «En el momento que perdimos a Marielle, lo perdimos todo —dijo en una entrevista con los ojos anegados en lágrimas—. Y también perdimos el miedo.»²⁹

Las elecciones de 2018 resultaron ser históricas, por haber atraído a una cifra nunca vista de mujeres negras a cargos políticos, incluyendo a Renata da Silva Souza —que fue elegida consejera estatal con un récord de 63.937 votos, el máximo para un candidato de entre los partidos de izquierdas de Río— y a Dani Monteiro, que se crio en las favelas y fue elegida consejera estatal con veintisiete años. La activista Talíria Petrone, una buena amiga de Marielle, fue elegida para la Asamblea Nacional en el Congreso. Ese año, la proporción de mujeres en el Parlamento de Brasil saltó del 10 al 15 por ciento, un récord nacional.³⁰ «Éramos como hidras —dijo Dani—. Cuando se le corta una cabeza, en su lugar aparecen otras tres.»

No obstante, a pesar de que las elecciones de 2018 fueron un impulso para los millones de mujeres que en años recientes se habían manifestado, habían protestado y tuiteado exigiendo sus derechos, también movieron a la acción a las fuerzas que lideraban la reacción en contra de Marielle y de su misión. Los votantes salieron en tropel, instalando en la presidencia a Jair Bolsonaro, el sosias de Donald Trump que llegó montado en una ola de populismo racista y misógino hasta lo más alto del sistema político de Brasil. Bolsonaro había amenazado anteriormente con hacer uso de la violencia contra los gais, y culpaba a las mujeres trabajadoras del supuesto aumento de la homosexualidad; además, había llamado ignorantes a las mujeres públicamente y le dijo a una congresista que era demasiado fea para ser violada. La elección de Bolsonaro dio credibilidad al tropel de sentimientos de aversión contra las mujeres, los gais y las minorías que crecía dentro de la derecha brasileña, las mismas fuerzas que ha-

bían matado a Marielle y amenazaban con erradicar los logros sociales, políticos y legales por los que tantas mujeres brasileñas habían luchado y que habían conquistado. En 2018, las mujeres habían llegado por fin al poder en cifras de récord, pero se enfrentaban a una corriente conservadora.³¹

Hoy en día, con la Administración Bolsonaro, con los derechos de las mujeres bajo un ataque constante, las mujeres que ostentan cargos en Brasil tienen claro que su ejercicio en el poder político es más importante que nunca. «El mayor riesgo al que nos enfrentamos en la actualidad es la desafección institucional y la degradación de la democracia», dijo Jandira Feghali, una de las mujeres que cuentan con una carrera más dilatada en el Parlamento brasileño y autora de la Ley Maria da Penha, que castiga la violencia contra las mujeres.³² Ahora critica su falta de cumplimiento. «Cuando debilitas la democracia, las primeras en sufrirlo son las mujeres y las personas vulnerables.» Pero incluso a la vista del agravio de Bolsonaro contra los derechos de las mujeres, los derechos de los gais y los derechos de las minorías y de los pueblos indígenas, las mujeres electas en una oleada posterior a la de Marielle están decididas a seguir presionando. «Nuestra intención es ocupar el poder para poder subvertirlo —afirmó Renata da Silva Souza desde su oficina en la cámara municipal de Río—. Queremos cambios reales que promuevan la equidad social con respecto al género, la raza y la clase. Recuperar el poder para las mujeres, para las capas de la población más desfavorecidas.»

Aunque Anielle —que ha creado recientemente el Instituto Marielle Franco para continuar el trabajo por el que su hermana dio la vida— sigue su duelo, se consuela con el activismo continuado que Marielle contribuyó a desatar, a pesar de que el Gobierno brasileño se aparta de los asuntos que ella defendió. «Creo que su muerte despertó a la gente que estaba callada —dijo en una entrevista antes de impartir una charla en São Paulo—. Yo soy un ejemplo. Nunca antes me había puesto delante de un micrófono. Ahora es-

toy a punto de dar un discurso en un congreso de hombres de negocios. Y hay tantas otras mujeres que han sido elegidas o que ahora quieren meterse en política gracias a ella.» Renata, que es ahora una poderosa diputada por derecho propio, coincidía en esta idea, al tiempo que reconocía los desafíos a los que se enfrenta su programa con un Gobierno populista de derechas. «Algunas veces pienso que el asesinato de Marielle tuvo un efecto colateral más grande, más fuerte, que si estuviera hablándonos todavía hoy —dijo—. Fue como si una placa tectónica se moviera sacudiendo a la gente para que hiciera algo. Hay muchas mujeres hoy en día, que no necesariamente estaban en partidos políticos, que entienden que tienen que hacer algo desde el lugar donde están. Y que haya tantas de nosotras que se han movilizado para entrar en política es justo lo contrario de lo que iban buscando. —Renata sonrió—. Creyeron que matando a Marielle la estaban enterrando, pero plantaron una semilla.»

Tal vez este sea el mayor legado que Marielle dejó tras de sí: no solo inspirar a una multitud de mujeres diversas para que se presentaran y ganaran, sino también mover a la acción a ejércitos de personas —incluyendo a aquellas que habían sido desposeídas, pobres, negras o atrapadas en favelas dilapidadas— para hacer oír sus voces, tanto en la red como en las urnas. Marielle no solo habló por estas mujeres, era una de ellas. «Era distinta —dijo Anielle—. Aunque la echo de menos, entiendo que tenía que hacerlo. Era una persona de tú a tú, de cuerpo a cuerpo. Ni siquiera enviaba a su ayudante. Siempre decía: “Yo te acompaño”.» La insistencia de Marielle en la dignidad y la seguridad para las mujeres de toda condición inspiró a legiones de seguidoras. «Era la mujer que limpiaba casas, la camarera, la profesora, la cuidadora; esas eran las mujeres que estaban enfrente de nuestra casa diciendo: “Estoy muy contenta, porque ahora tengo a alguien que se parece a mí” —dijo Anielle—. Quienquiera que la matara lo hizo posible.»

Actualmente, las defensoras de los derechos de las mujeres brasileñas describen la situación política con Bolsonaro

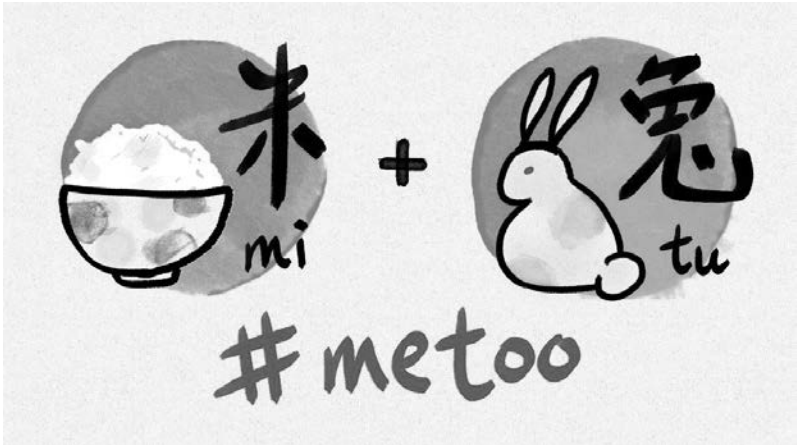
de desoladora y buscan un mayor apoyo a su tarea por parte de líderes y donantes internacionales. Si bien Marielle inspiró a muchas de las personas más cercanas a ella a superar sus miedos y presentar sus candidaturas, muchas otras que anteriormente alzaban la voz en internet o tomaban las calles siguieron atemorizadas. «Somos un país que está matando a sus promotores de los derechos humanos —dijo Manoela Miklos, que organizó la ocupación de medios de comunicación del #MeToo, sobre la muerte de Marielle—. Todo el mundo recibe siempre amenazas, sobre todo por internet. Pero cuando mataron a Mari, los riesgos quedaron bien claros. ¿De verdad teníamos que quejarnos tanto? ¿De verdad teníamos que sacarla ahí afuera? ¿Qué precio estamos dispuestas a pagar?» Poco después de la muerte de Marielle, Manoela se marchó de Río y se trasladó de nuevo a São Paulo para sacarse el doctorado. «Durante un tiempo no pude con ello —comentó—. Hizo que me lo cuestionara todo.»

Sin embargo, otras hallan un consuelo en la espectacular expansión del movimiento feminista en vida de Marielle, y están convencidas de que los progresos no se pueden revertir, ni tan siquiera en mitad de una fase política difícil. Dani Monteiro, que es ahora una joven diputada estatal, reflexiona sobre el modo en que la tecnología ha cambiado al feminismo brasileño. «Por ese motivo movimientos como el #MeToo tienen tanta fuerza —dijo en una entrevista en su despacho del edificio municipal de Río—. Cuando te unes a un grupo de Facebook con mujeres que hablan sobre el acoso y la violencia que han padecido, te encuentras con mujeres ricas, mujeres pobres, mujeres blancas, mujeres negras, mujeres casadas, mujeres divorciadas, mujeres solteras, mujeres que han tenido un aborto, mujeres que no tendrían un aborto jamás. En resumen: mujeres. —Se inclinó hacia delante, colocando las manos sobre el escritorio—. Internet tiene el poder de permitirte leer la historia de esa mujer. Y aunque seas consciente de que hay una diferencia de clase social, verás que la opresión de género es la misma.» Este

reconocimiento, cree ella, no se puede deshacer y no hará más que seguir creciendo.

Incluso Manoela, que sigue bregando con la muerte de Marielle, tiene claro que el legado que dejó es mayor que su pérdida. «Marielle le dio un rostro público a una conciencia, para las mujeres de toda clase de entorno y procedencia, de lo que significa ser feminista y de las prioridades del movimiento feminista. Marielle se convirtió en una idea, un icono para todo aquello que defendió. Mientras vivió, le confirió a su causa una nueva dimensión. Y, tristemente (aunque también creo que estaría orgullosa), le confirió una dimensión global después de morir. Y eso es algo que me da cierta confianza en que su legado será más grande que cualquiera de nosotras.»

Dani también cree que las reformas por las que lucharon Marielle y muchas otras han cambiado ya el futuro, incluso a la vista de los desafíos del presente, gracias a las numerosas jóvenes que han ascendido al poder en su estela, incluida ella. «Los jóvenes están creciendo con acceso a información y a derechos que no ha tenido ninguna generación anterior —dijo—. Pensemos en lo que ha traído el movimiento #Me-Too. Ahora oyes a niñas de cinco años decir: “No toques mi cuerpo. Solo si yo lo consiento”. Creo que ahora tenemos una base para crecer mucho más, para sembrar mucho más. Esta es la generación. Son las que están plantando el futuro.»



Después de que el Gobierno chino vetara la expresión «MeToo», las mujeres sustituyeron los caracteres correspondientes a #MeToo con homófonos e imágenes, empleando una versión hecha con emoticonos formada por los dibujos de un cuenco de arroz (que se pronuncia «mi») y un conejito («tu»). (Marzo de 2018. Cortesía de CNN.)